

* * * * *

El hallazgo presentido

A pesar de su vida andariega, o acaso por esto mismo, Julián Gayarre conservó siempre un encendido recuerdo por las cosas del terruño y en modo especial por su lengua y sus canciones. Era notoria su predilección por las composiciones de Iparraguirre y, entre estas, por el *Guernikako arbola*. Puede asegurarse que cuantas veces se celebraba una función en su honor, encontraba medio para incluir, en un intervalo o al final de la velada, el himno del bardo vasco. He aquí, referida por el cronista del diario madrileño "Iberia", la síntesis de una función en el teatro real, en marzo de 1886: "Gayarre se despidió del público de la Corte con la ópera *Lucia di Lammermoor*. Al final y a petición de sus entusiastas admiradores, el artista cantó, acompañado al piano por el maestro Oller el *Guernikako arbola*. Los aplausos que el público le prodigó, le obligaron a repetir el inspirado himno vasco, que dicho por Gayarre, con la expresión admirable del artista y del éuscaro, produjo en el auditorio entusiasmo indescriptible".

Estas singulares despedidas que el gran cantor organizaba en los teatros peninsulares, llegó a repetirlas incluso en el extranjero: en París y también en Roma, sobre todo en esta última capital, donde, al término de sus compromisos artísticos, recibía en el hotel a todo el cuerpo de críticos, y, después del ágape, cantaba espontáneamente diferentes arias de su repertorio; al final, previa explicación de lo que la letra significaba, entonaba el *Guernikako arbola*.

Con todo lo que a este respecto llevamos referido, yo no hallaba la prueba concluyente de cuanto afirmara su sobrino don Valentín de que su tío "hablaba bastante bien el vascuence y lo entendía perfectamente". Esta prueba me la proporcionó la visita que, como queda explicado, efectué a Roncal en el verano de 1950. Allí previa autorización, bucéé despaciosamente en la biblioteca familiar, ojeé todas las partituras musicales y, con la tiranía que sólo la nobleza del fin excusa, hice que los bonísimos de sus descendientes revolvieran hasta el último rincón de sus

arcas y archivos. Y el tesoro, como lo presentía, se ofreció a mis ojos: más de sesenta cartas autógrafas, escritas a lo largo del tiempo y de las más diversas latitudes y, *dulcis in fundo*, otra carta —la perla negra entre las blancas— redactada toda ella, desde el encabezamiento a la despedida, en vascuence. Hela aquí en su texto integral:

Barcelona, 19 de diciembre, 1884.

Ene tía Juana maitia.

Eugenia sin da [etorri da] arro ongui. Quem en gaude anisco ongui guciac eta oriú [berori] nola dago?

Nain din [nai du] sin [xin, jin, etorri] cona, [onera] ichasoaren ecustra? Anisco andia da, tia Juana.

Nai badu nic dud anisco deiru orentaco vidagearen pagateco quemengo ostatiaren pagataco. Ezdi eguiten quem en ozic batrere, chatendegu quem en anisco ongui eta guero artan [artean, bertan] dugu iror nescache postretaco eta gazte eta polit.

¡Ha! ¡cer vizia! ¡tia Juana maitia, amar urte chiquiago bagunu...!

Gorainzi guzientaco eta piyco bat nescachi pollit erroncari guziat.

Julián

Desde luego, no es un euskera propio de un miembro de la Academia de la Lengua. Si tenemos en cuenta las variantes roncalesas como la *q* anticipada al adverbio *emen* y la *c* a *cona*, así como la ortografía de influencia española y la puntuación casi nula, la interpretación del texto no ofrece dificultades. Falta la *nt* de *arrant*, de uso corriente también en la comarca del Bidasoa; escribe *artan*, en lugar de *artean* o *bertan* (como hemos subrayado entre paréntesis); y algunas minucias más. Emplea con su tía la forma respetuosa *ori* [*berori*]; por ejemplo: *¿nola dago?* o también *nai badu*, es decir el tratamiento correspondiente al

Usted o Vuesamerced en castellano. El *piyco* es mucho más discreto y galano que el equivalente pellizco, con el que el picaro autor no quiso confundirlo.

Esta carta, aparte su donosa ternura, confirma la observación de don Valentín que antes reproducimos. En efecto, es evidente que no hablaba bien el vascuence y, por obvia deducción, lo escribía probablemente peor, pero —y esto es lo que cuenta— se esforzaba, como vemos, por hacerlo, en lugar de pretender que fuera su tía, que apenas hablaba el castellano, la que hiciera el esfuerzo contrario.

¡Ah, si en nuestros días, aparte la voz, hubiera muchos Gayarres que hicieran otro tanto para bien de nuestra vieja lengua!

* * * * *